

Murmuración.

Harto se lo he dicho: no siente la espuela con el peso de la cabeza.

Remoquete.

Mala cabezada te dé un novillo loco en esta tuya.

Murmuración.

¿Qué dices de novillo?

Remoquete.

Que aqueste hidalgo ya debe ser novillo palancon con aspas grandes.

Murmuración.

Puédenselas aserrar y dar madera para una casa, y quedar él con que hacer lanternas, cinco ó seis docenas, porque reverdecen cada día.

Príncipe.

Con el rebato no advertí. En silla viene mi señora.

Murmuración.

Como quitaron los cochés, ando entregada á la gente de la tierra: como carga de basura voy en su poder.

Remoquete.

Mejor te entregaran al verdugo, ó á los diablos del infierno. Digo, señora: ¿qué va en la silla, que parece una gran carreta de paja?

Murmuración.

Necio, ¿qué comparacion es esa para una señora como yo?

Remoquete.

Poca representacion hace una carreta con sus bueyes, y cercada con aquellas varas que parecen gelusías. ¿Qué diferencia hay de aquello á un carro triunfal? Es mejor en él que sacan á los pacientes.

Halagüeña.

Digo que eres la maldicion, Remoquete, y que concluiste tu argumento como letrado.

Príncipe.

¿Qué hay agora de nuevo en la tierra? ¿Dícese algo de la flota?

Murmuración.

Dícese tanto, que es mejor cerrar los oídos. No hay quien viva seguro de las lenguas; pero con todo, yo sé uno que pagará lo que debe antes de mucho, que es aquel que andaba muy hinchado, y la bolsa vacía.

Halagüeña.

Bueno será eso: hallóse algun tesoro, ó tenia escondida hacienda.

Murmuración.

La paga será con una madrugada, y por el camino de abajo. Remoquete, agora que me acuerdo, ¿qué decia aquel de las plumas, á la parlera que estaba á la ventana?

Remoquete.

Como apasionado le decia que el amor es como anzuelo, pues con el cebo de su hermosura me habia pescado.

Murmuración.

Como cayó la vecina, madre de la ocasion, que está en la cárcel por piadosa, hablando por los que no se podian hablar.

Princesa.

Mensajera de oído era esa: no se habrán tan rigurosamente con ella.

Murmuración.

Buena vida tenga quien la prendió: así merece doscientos cruzados en las espaldas, como yo un vestido rico, por ser quien soy.

Príncipe.

No puede ser viejo quien goza desta conversacion, que es agradable, y de gusto, y sustento de la vida.

Murmuración.

No se dirá eso de los panecillos, que dan cuatro por un real, que dos docenas de ellos he menester para mí. Hambre pone verlos.

Halagüeña.

Algo han de ganar, que no han de trabajar en vano, y el año avieso ha causado esa carestía.

Murmuración.

Más avieso fué un torniscon que dieron á una, de trece puntos por la cara, cual Dios se los depare por la suya.

Príncipe.

¿Qué dijo de la suya, que no entendí?

Murmuración.

Dije que en su cara se la dieron, y no en la ajena, que á ser prestada, corriera riesgo su dueño.

Remoquete.

Ojalá se la hubiera prestado á la que lo dice, que mejor empleada fuera.

Murmuración.

Remoquete, ¿acuérdate de las hazañas de tu padre? Venlo aquí: su padre dió de coces en esa plaza á uno delante de la justicia, y se quedó con ello.

Remoquete.

Era mi padre un hombre de valor.

Murmuración.

Tiene razon, que por quinientos lo vendieron, y aun valia más.

Halagüeña.

¿Era esclavo, que lo vendieron? ¿Cómo es esto, Remoquete?

Remoquete.

Habia mi padre dado de espaldarazos á uno, y cortado las narices á otro, y desjarretado á tres, y muerto á cuatro. Retrájose, por no matar más, y un amigo suyo lo vendió, que es lo que dice esa vieja.

Príncipe.

Buen remiendo, si te valiese, Remoquete.

Remoquete.

Remiendo, ó no remiendo, diga lo de las coces agora, la que inventa los cuentos ajenos y calla los suyos.

Halagüeña.

Por vida de la señora mi tia: ¿cómo dió las coces su padre de Remoquete? Porque en ser delante de la justicia fué desacato grande.

Murmuración.

Sabe, sobrina, cómo fué y dónde pasó: allí en la plaza, en Doña María de Pineto, que si no entiende por este nombre, es la horca. Allí quedó sin llegar los piés al suelo, dando coces, y el verdugo le tiraba dellos, á quien le dió tantas, que le dejó molido como una alheña, y la justicia callar.

Remoquete.

Mejor callara la embaidora, pues merece mejor pasar por lo que cuenta, que contarle.

Murmuración.

En moneda vino á parar de cobre, como la que vale en la isla Española.

Príncipe.

Cuartos quiere decir. Calla, Remoquete, que en donaire todo pasa.

Halagüeña.

No tienes de qué recibir pena, de que tu señora por gracia y entretenimiento, como fábula ó historia lo ha contado.

Remoquete.

Hartas historias pueden hacer de lo que ella hace y dice, y sus pasados han hecho; que pasados al sol los más dellos, en caballos de madera acabaron las vidas.

Murmuración.

Cállate y callemos, como dicen; que al fin eres mi hijo, y por eso te sufro. Bobo, ¿no sabes de burlas?

Remoquete.

Burlas que tanto lastiman, yo las doy al diablo, y al molde donde salieron.

Príncipe.

A ella y á la madre comprendes eso. Dejemos donaires, y vamos á dar orden en lo que importa para nuestra caza.

Halagüeña.

Con tales valedores como mi señora tia Doña Murmuración y Remoquete, yo confío que vendremos las manos llenas.

Murmuración.

Para mi santiguada que acá no quede,
que para tirar media docena de tiros, aun-
que sea con arcabuz de vidrio, sé poner la
puntería.

Remoquete.

En esto de alzar el codo con la traza, po-
cas le harán ventaja. Vamos, que en servi-
cio de tales príncipes, la ganancia y apro-
vechamiento es cierto y seguro.

*Puerta del Sacramento de la Confirmación, don-
de está la Caridad, porque lo que se dió en el Sacra-
mento del Bautismo por Fe, ya con Caridad ha de
obrar. En esta puerta estaba una figura hieroglí-
fica, que era un Fénix abrasándose para renovar-
se, y en la hieroglífica esta copla:*

Cristo, Fénix al morir,
Leña de cruz ha juntado,
Y en Caridad abrasado,
De Muerte se vió salir
Como Fénix renovado.

Con ejemplo de humildad,
Así con su luz nos lleva,
Cual oro y plata nos prueba,
Y en fuego de Caridad
Como á Fénix nos renueva.

*A esta puerta viene el Entendimiento quejándose
de la Voluntad, porque no hace lo que debe, ni con
amor y caridad acude á lo que el Entendimiento le
dicta, sino á su querer.*

OCTAVAS.

Entendimiento.

¿Que Voluntad no quiere lo que quiero?
¿Que siempre á su querer entiende y mira?
¿Que tiene de imitar al ballestero,
Que dicen que á los suyos siempre tira?
Ya vuelve las espaldas cuando espero,
Ya cuando sufro yo se enciende en ira;
Pues cuando son los pocos divididos,
¿En qué pueden parar, sino en perdidos?
Naciendo della propia el perdimiento,
De mí y de la Memoria formó queja:
Bien sabes, Señor mio, nuestro intento,
Bien sabes como es ella quien nos deja.

Caridad.

¿Qué es eso que sentís, Entendimiento?
¿Qué pena puede ser la que os aqueja?

Entendimiento.

¿Hay penas que se igualen, ni castigos,
Que haberse de guardar de los amigos?

Caridad.

No sé dónde se pueda hallar pena
Que sea con aquesta semejante.

Entendimiento.

Es tanto mucho más de lo que suena,
Cuanto se halla el bien del mal distante.

Caridad.

Al tiempo que sentís que eso se ordena
Sufrid con corazon firme y constante;
Que quien con Caridad por Dios sufiere,
Al fin ha de salir con lo que quiere.

Entendimiento.

No siento cómo cuenta lo que pasa.

Caridad.

¿Pues cómo el que lo pasa no lo entiende?

Entendimiento.

Un fuego de discordia nos abrasa,
Y sola Voluntad es quien lo enciende.

Caridad.

Quié tiene al q̄ es ladron detrás en su casa,
Con gran dificultad dél se defiende.

Entendimiento.

Sospecho tanto mal de su compañía,
Que aun con el bié presumo q̄ me engaña.

Caridad.

¿El Ángel no os acude como suele?
¿No rige con amor su ministerio?

Entendimiento.

El Ángel á ninguno no compele,
Que es libre para todo nuestro imperio.

Caridad.

Aquese es el dolor, aqueeso duele,
Mira no nazca deso el captiverio,
Porque es dificultoso vivir sano
Quien tiene los deleites en su mano.

Entendimiento.

Adonde está el peligro, allí nos llama,
Aquello con más ansias apetece.

Caridad.

Cualquiera que el peligro quiere y ama,
En él se sabe cierto que perece.

Entendimiento.

Memoria algunas veces se derrama,
Cual sombra sin pensar desaparece:

TERCETOS.

Caridad.

Qué pájaros son esos saber quiero.

Entendimiento.

El uno Amor de Dios, q̄ esta es la prima,
Y aqueste he de cebar para altanero.

Caridad.

Es ave de preciosa y alta estima:
Aquese en nuestro pecho esté cebado,
Que siempre á volar alto nos anima.

Entendimiento.

El otro Amor del prójimo es llamado,
Que puesto q̄ no encumbra tãto el vuelo,
Lo tengo por halcon muy extremado.

Caridad.

Podeis con esos dos acá en el suelo
Cazar toda la caza y montería
Que tiene el Cazador de tierra y cielo.

Mas tiene de advertir el que los cria
Que pájaros que son tan delicados,
Que no se han de cebar con carne fria.

En nuestros corazones abrasados
Con Fe, con Caridad, y no fingida,
Con esto han de ser siempre regalados.

Entendimiento.

¿Mi proprio corazon es la comida
Que tengo á Dios de dar?

Caridad.

Sí, que eso quiere,
Pues con el proprio suyo nos convida.

El hombre haga en sí cuanto pudiere,
Ofrezca corazon limpio y perfecto,
Que Dios se le dará si él se le diere.

*Espion y Asechanza.**Espion.*

No llegues, Asechanza, tanto al seto,
No venga desmandado algun mendrugo,
Que siento gorullada, te prometo.

Asechanza.

Allí está Caridad, nuestro verdugo;
Con el Entendimiento está hablando,
Y á fe que ver su cara no me plugo.

Espion.

De corazones oigo estar tratando.

Pues solo siento yo la mortal llaga,
¿Qué medio hay, Caridad, para tal plaga?

Caridad.

Cual fuego que subiendo va á su esfera,
Procure el corazon que está aflijido
Volar al sacro sacre que lo espera,
Con gusto de comerlo y ser comido.
Es Caridad su caza verdadera,
Por ella desde el cielo fué abatido:
¿Quién viéndolo abatido no se abate,
A aquel que se abatió por su resgate?

Entendimiento.

Abátese á ser vil la que es tan noble,
Y quiere, siendo libre, ser pechera;
A veces está recia como un roble,
Y á veces está blanda como cera.
Parece que nos trata trato doble.

Caridad.

¿Si aquesto presumís, qué paz se espera?

Entendimiento.

¿Oh Caridad preciosa! ¿y eso dudas?
¿No sabes que su paz es paz de Júdas?
Pudiera me librar de carne y mundo,
Que son todos sus tiros muy livianos;
Más quieren me llevar vivo al profundo
Los mismos que me han dado las manos.

Caridad.

¿Cuán bueno, cuán amable, cuán yocúdo,
Es habitar en uno como hermanos!

Entendimiento.

Con esperanza de eso me entretengo,
Y agora diré claro á lo que vengo.
Salí solo buscando corazones.

Caridad.

Decí para qué son.

Entendimiento.

Solo pretendo
Cebar, señora mia, unos halcones
Que por mi propria mano estoy haciendo.
Divinas han de ser las invenciones
Para poder salir con lo que emprendo;
Que quien sin el Señor hace sus cosas,
Sin duda le saldrán defectuosas.

Asechanza.

De queso ciertamente se razona.
Muy cerca nos llegamos acechando.

Espion.

Haréles, si me dejas, la mamona,
Y un par de chipichapes los carrillos,
Si alguno de estos necios se me entona.

Asechanza.

Mejor es que espiemos los portillos
Por donde les daremos la refriega,
Que tiempo se vendrá de perseguillos.

Espion.

El ánimo y furor es quien me ciega;
Más tú con bien querer mi bien codicias.

Asechanza.

Extiende el paso largo, presto allega,
Ganemos del señor nuestras albricias.

Príncipe Mundano; Princesa Halagüeña; Guiñador, paje del Príncipe Mundano; Don Cofín, que es un demonio cojo.

Príncipe Mundano.

En los negocios graves y en las cosas
honrosas, ni ha de perderse punto, ni cosa
ha de haber que parezca descuido, ni se
pueda imputar. Miren qué hora para hacer
algun buen tiro en la caza que pretendemos:
que con la fría mañana del deleite está la
caza como entumida, y aguarda bien al tiro
del vicio. La Princesa Halagüeña llevó la
escopeta con las municiones de los deleites
amorosos. Y sin duda con la suavidad de la
mañana está en la cama.

Halagüeña.

Sin razon me culpas, Príncipe Mundano,
que para lo que conviene, ninguna solicitud
igual a la mía. Fáltale á la escopeta de amor
un garabatillo del *no sé qué* que se usa. Y una
dama melindrosa le puso uno admirable, que
basta engarabatar cualquiera corazón, por libre
que sea. Veis aquí por qué fué mi tardanza.

Príncipe.

¡Oh mi Princesa! Al deseo de verte pon
la culpa, que provocó á la lengua, sin tener
atención á cosa que pueda ser ofensa tuya.

Halagüeña.

Saneada estoy; no es menester cumplimientos,
que son indicios de fingida amistad.

Príncipe.

Como te quiero me quieras, que con tal
moneda quedaremos bien pagados.

Halagüeña.

¿Ha venido el mensajero que enviamos
á las cavernas del reino infernal, para que
el príncipe Pluton nos envíe un cazador de los
que en su corte tiene, con pertrechos
convinientes á nuestra montería?

Príncipe.

Llamaré mis criados, que todos no se
dan vagar con la ocupacion de aderezar un
ejército de cosas que son forzosas. Los pajes
están cerca. Guiñador! ah, Guiñador!
Rapaz, ¿no sales aquí?

Guiñador.

Espere vuestra señoría, que no sé qué
se me atravesó en la garganta. ¡Que me ahogo!
que me ahogo!

Halagüeña.

Déle unos golpecitos en las espaldas.
¡Qué mortal se ha parado! Válgate!

Príncipe.

El zancarron de Mahoma le valga: hácelo
de bellaco; ¿qué venias tragando, que bien te
vi saborear, y echaste no sé qué de la boca?
Dime la verdad; si no, haré que vomites lo que
comias.

Guiñador.

Una mosca era, que como abrí la boca
para responder, halló la entrada sin puertas,
y dióme en el gallillo: esto era, por vida de
vuestra señoría.

Príncipe.

Jura, bellaco, por la tuya, que así eso es
verdad como lo que dicen cada día, que está
la flota en el puerto, que no se cansa Doña
Chisme. Dime lo que chupabas, si no, haréte
azotar.

Halagüeña.

Ya sabes la cólera de tu señor. Dí lo
que comias, que no te hará mal.

Guiñador.

Unos dátiles eran, y de lástima de echar
el hueso, quíselo tragar y ahogábame.

Halagüeña.

Miren qué sobrada golosina: tragar el
hueso, ¿quién tal vido?

Guiñador.

¿No me costó mis dineros? ¿por qué lo
había de echar por ahí? Todo lo crió Dios,
y así los compré, y así me los tragaba.

Príncipe.

Digo que es este la pura maldad. ¿Dátiles
comes tú, y faltan para mi mesa? ¿A cómo
te costaron, Guiñador? ¿Fué alguna
guiñada de las que sueles?

Guiñador.

A peso y medio me llevó un amigo por
ellos, y no fueron caros, segun son de sabrosos.
¡Oh qué suavidad tienen! No hay almíbar
que se les compare.

Príncipe.

Mal provecho te hagan: con ellos reventes.
¿Quédante algunos para que los pruebe esta
princesa, que está preñada, no mueva del
antojo? Daca, que tu tia es.

Guiñador.

Déselos quien la empuñó, que más valen
para mis dientes, que no para mis parientes.
A tute, que es tierra de limosnas.

Halagüeña.

Déjelo, príncipe mio, que yo enviaré una
criada mia, hija del mal ladron, que los
sacará de bajo de la tierra, y no sea esto
parte para dilatar nuestro negocio. Pregúntale,
señor, lo que conviene.

Príncipe.

Malvado, ya tendrás cortidas las tripas
con los cuescos de los dátiles, que en Berbería
los cordobanes buenos así los cur-

ten. Dí, ¿fuistes á besar de nuestra parte
las manos al gran Pluton para que nos enviase
un cazador de los suyos, y el más experto
que en sus cuadrillas tiene?

Guiñador.

Señor, cumplí tu mandado, y luego fui,
que yo sé un atajo para ir al infierno, que es
la boca del volcan, que por allí no hay un
cuarto de legua, y hallé todo aquel reino y
la corte infernal revuelta, y muy ocupados
labrando unos cuartos y grandes aposentos,
para encerrar la caza que les habeis de
enviar.

Halagüeña.

¿Qué, ya saben en el infierno lo que acá
queremos hacer? Cosa es maravillosa.

Guiñador.

Pues saben en México lo que se hace en
todo el mundo, y no lo sabrán los que se lo
anuncian, que no hay de que se maravillan.

Príncipe.

Yo les poblaré las moradas, y aunque sean
menester alquilar otras en que estén.

Halagüeña.

¿Cómo te recibieron? ¿Mostraronte buen
semblante?

Guiñador.

Por cierto como á hijo regalado. Acudieron
luego á darme un guisadillo que habian hecho
para el mismo Pluton, y luego me entregó un
montero, que me certificó ser el que más
estimaba. Y que por serviros lo envian. La
reina Proserpina te besa, princesa, las manos.
Hiciéronme hincar de rodillas para hablalle;
cosa de gran majestad.

Halagüeña.

Miren qué mucho, postrarse á tal señora.
Acá cualquiera quiere que le hablen pecho
por tierra; cuanto más se debe á reina tan
poderosa.

Príncipe.

Ese montero que envian, ¿dónde queda,
que no viene contigo?

Guiñador.

Queda en tus palacios mirando la grandeza de ellos.

Halagüeña.

Llámalo, veremos qué presencia tiene, qué garbo ó bizarría.

Guiñador.

¡Ah, señor Cojin! ¡Ah Cojin! ¿Está sordo?

Halagüeña.

¿Cojin se llama? Bueno será para que yo me sienta.

Guiñador.

¡Cojin del infierno!

Cojin.

Con esa añadidura del infierno entenderé que me llaman á mí, que sin ella, con solo Cojin, no hay responder.

Princesa.

Tal sea la salud de quien lo envía. ¿Y cojo lo envió? ¿No tuvo vergüenza?

Halagüeña.

¡Ay qué asqueroso y qué feo! ¡Qué desmedrado! Cojin raído parece.

Cojin.

Señora, he estado enfermo de comer un malcocinado de las tripas de un indio chichimeco, que se me pegaron en el estómago, y he estado para morirme.

Príncipe.

Muérte, y más valiera antes de venir acá. ¡Ah Guiñador! ¿Con este recaudo me vienes? Dime, ¿es este el que te dieron, ó hallástelo en el muladar?

Guiñador.

Mírelo con buenos ojos, que es el diablo, ahí donde lo ven.

Halagüeña.

No es cosa: miren qué tal es, que yo apostaré que no hay quien de balde lo quiera entre todos estos señores y señoras. ¿Hay quien quiera este presente? Este galan que nos envían del infierno por gran cosa, no hay quien diga mio es, que de balde es caro.

Cojin.

Blandita la mano, señora, no haga platicillo de mi persona, que en la cuadrilla del capitán Barrabás, tuve en poco la bandera, y aun estimara en poco la compañía, según mi valor y fortaleza.

Príncipe.

¿Quién os encojó, siendo tan valiente? que los que son como vos significais, hieren sin ser heridos.

Cojin.

Cuando la batalla del cielo, me desjarretó un Ángel, que era destrísimo por extremo: acometiome á la vista y salió cortando de reves, y fué tal la herida, que no me han acertado á curar, y esta es la causa de ser cojo.

Príncipe.

¿Luego vos sois el diablo cojuelo tan nombrado en el mundo?

Cojin.

El mismo, que cada año salgo en esta fiesta por el más señalado de todas las legiones infernales.

Halagüeña.

¿Qué es eso que trae, señor Cojin? Que malaño para un anaño que tanta jarcia traiga.

Cojin.

Lazos y redes para poner en las veredas que van al cielo.

Halagüeña.

Buenas deben de ser. Mas las redes y lazos que acá se ponen en las damas, más caza nos dan que pueden dar las vuestras, porque enlazan sus almas y las ajenas sin sentir.

Príncipe.

A falta de pan buenas son tortas. Si no sirviere de corredor, por ser cojo, servirá de perro de muestra.

Cojin.

Miren que soy persona de honra. Y que tengo cuatro pelos del diablo, que uno tengo más por ser cojo, que no hay ave que en ligereza me iguale, ni ánimo, ni maña como la de Don Cojin, que está presente.

Halagüeña.

¡Triste de mí! ¿Qué, Don tiene, señor Cojin?

Cojin.

Don, y aun redón, y si fuere menester, torondón haré á quien me enojare, que llenos tenemos los rincones del infierno de Dones, que no se hace allá caso dellos.

Remoquete.

Dice verdad el señor Don Cojin, que tres aposentos vide llenos de Dones hasta las vigas, y á mí me daban uno, porque me llamase Don Remoquete, y me dijeron que si habria acá quien los comprase, que los darian baratos. Algunos Dones habia mohosos.

Príncipe.

Cunden los Dones como mancha de aceite: bien les parece á las damas: ornato es pomposo, como cuero lleno de viento.

Cojin.

No es viento para nosotros, que con ellos se hinchan las velas de la vanidad, y van á dar al traves á las islas de los Ladrones, que somos nosotros, y hacen escala antes de dar al traves en la isla de Zebú ó de Belcebú.

Príncipe.

Aduana es esa donde pagarán los derechos doblados. Mas diga, señor Cojin, ¿de qué palo es esta ballesta que trae? para que sepamos si es furiosa, y si está bien apuntada, y si tira bien.

Cojin.

La ballesta se hizo del árbol que se ahorcó Júdas, y aun él mismo la hizo por su mano en el infierno.

Príncipe.

¿Deprendió á balletero?

Cojin.

La nuez es de la nuez que tenia en la garganta el mal ladrón. La cuerda, de la sogá que á Júdas tuvo colgado. Los virotes me presentó la Malicia con los casquillos del hierro que cada uno comete. Miren si vengo mal prevenido.

Halagüeña.

¿Qué tiros habeis de hacer con ella? ¿Contra quién habeis de encarar?

Cojin.

La puntería es á cudiciosos, que para ellos la traigo asestada, que no saldrá tiro avieso con la puntería de la codicia de Júdas, y á toda caza se puede aplicar, que de golpe ó de recudida lastiman los buenos ballesteros.

Príncipe.

Fundado vais en filosofía, señor Don Cojin. Cojin de brocado os pueden llamar: contento y satisfecho quedo de vuestra suficiencia; no son menester más pruebas. Arte admirable es el vuestro.

Halagüeña.

Antes de ver al señor Don Cojin, dije que me queria sentar en él; mas agora digo que es poco ponerlo sobre mi cabeza.

Cojin.

El sentarse en mí tal princesa no era defraudar mi valor, sino regalo, porque lo mejor del tocino son los jamones; ¿pues de tal carne, qué tales serán?

Remoquete.

No hurte el oficio á Remoquete, que ese fué el tiro semejante á los de mi aljaba: vuélvalo al molde, y no goce más que del cumplimiento.

Cojin.

Todos somos unos; no ha de haber cosa que no nos la comuniquemos: mayormente para servir á tal dama, que la vista se recrea, y el corazón se regala, y la voluntad se le rinde.

Príncipe.

Tan cortesano es como extremado montero: mire, de cazador no quede cazado.

Cojin.

Libertad será estar en la jaula de la afición desta mi señora, y si como á papagayo me mostrase á hablar, diria como cativo de mi señora.

Halagüeña.

Puesto caso que hice ascos cuando lo vide, agora no los hago de lo que dice. Va-

mos, que allá entenderá en todo, que quien vence á los del infierno con su vista, mejor vencerá á los del mundo.

Puerta del Sacramento de la Penitencia, y en ella está la Esperanza, que con esperanza del premio se sufre cualquier trabajo. En esta puerta está una Leona bramando sobre el hijo muerto para resucitarlo: tenía esta letra en la hieroglífica.

Cristo es leona bendita
Que al Hijo á muerte ha entregado;
Con su bramido sagrado
A vida lo resucita
De la muerte del pecado.
Quedó en su Iglesia querida
Por estampa y por trasunto,
Cuando bramando, en un punto
A Lázaro dió la vida
De cuatro dias difunto.

A esta puerta viene la Memoria, para que la Esperanza le dé modo cómo se harán amistades ante el Cazador Divino y su casa. Sale dando voces la Memoria.

Memoria.

Esperanza, ¿dó te escondes?
¿Dónde estás, preciosa dama?
Por verte el alma se inflama:
Esperanza, ¿no respondes?

Esperanza.

¿Quién á la Esperanza llama?

Memoria.

¿Quién respondió, que no veo?

Esperanza.

Esperanza de acá dentro.

Memoria.

¡Oh, qué venturoso encuentro!
A Esperanza mi deseo
Tiene por su propio centro.

Esperanza.

Memoria, ¿con tanta grita
Era forzoso llamarme?

Memoria.

Hícelo por consolarme:
¿Agora en qué se ejercita?
Suplico quiera informarme.

Esperanza.

Aquí estó en esta morada
De Penitencia preciosa
Que con vida rigurosa

Hace la Esperanza amada
Por la paga gloriosa.
Que si premio no se espera
De lo que está bien servido,
Trabajo seria perdido.

Memoria.

Bien será que le refiera
El negocio á que he venido.
Por las guardas descuidadas
Entraron estotros dias
Al seto ciertas espías,
O buscaron sus entradas
Por otras formas y vías.

Halo sentido el Señor
Cuanto es razon se sintiese:
¿Si hay quien tanto mereciese,
Que entre caza y cazador
Las amistades hiciese?

Esperanza.

Ha de ser grave y discreto
El que entiende en amistades,
Tratar contino verdades,
Teniendo siempre respeto
Conforme á las calidades.

Memoria.

Pues la calidad de Dios
A todos se va de vista,
Y el hombre de Él tanto dista,
¿Quién conformará á los dos
Quitándolos de conquista?

Esperanza.

En la Penitencia espero,
Que es dama de tal poder,
Que á Dios ha de convencer,
Como al grande rey Asuero
La hermosa reina Estér.

Debajo de las estrellas
Es sola la Penitencia
De valor y preeminencia,
Que sabrá muy bien hacellas
Porque tiene suficiencia.

Memoria.

Siendo de tal calidad,
Tan sabia, tan preeminente,
Bien será que lleve gente,
Porque así su gravedad
Con majestad represente.

Esperanza.

Lleve tres damas consigo,
Confesion y Contricion,
Tambien á Satisfaccion,
Que con ellas yo le digo
Que las paces hechas son.

Memoria.

Acompáñese de pajes
Para mayor ornamento.

Esperanza.

Dos le vienen muy á cuento.

Memoria.

¿Quién son, si ganan sus gajes?

Esperanza.

Dolor y Arrepentimiento.

Memoria.

Quién la llevará de mano,
Suplico quiera decirme.

Esperanza.

El Buen Propósito firme;
Que á fe que por este anciano
Dios las paces le confirme.

Antes que estas gentes lleguen
Las está Dios aguardando,
Viéndolas, viene ablandando;
Pero quiere que le rueguen,
Con andarnos Él rogando.

Memoria.

Una duda aquí se encuentra:
¿Es primero nuestra gana,
Que la ayuda soberana?

Esperanza.

Eso es como luz cuando entra
En abriendo la ventana.

Que Dios, como buen amante,
Está llamando á la puerta,
Abra el alma, esté despierta,
Que todo es en un instante
El entrar y ser abierta.

Memoria.

¿No es poder sobre poderes
El de Dios?

Esperanza.

Eso es así;
Mas quien te hizo sin ti,

Si tú moverte no quieres,
No te moverá de ahí.

Memoria.

Parece que tiene duda
Eso que á decir se atreve.

Esperanza.

Anda tú, si Dios te mueve,
Que está dispuesta su ayuda
Al que hace lo que debe.

Memoria.

Cuando alguno está afrentado
Sangre y palos ha de haber,
Y muerte, si es menester,
Y con esto el agraviado
Se viene á satisfacer.

Esperanza.

Con ser contra Dios la injuria
Se rindió á nuestras pasiones,
Sufrió palos, bofetones,
Y por mitigar su furia
Murió puesto entre ladrones.

Memoria.

Los que de una tierra son,
Como parientes cercanos,
Se abrazan y dan las manos,
Y los mueve una aficion
A tratarse como hermanos.

Esperanza.

Ya es de nuestro natural
El Verbo que está á la diestra,
Ya su carne es propia nuestra,
Y es de amigo muy leal
El querer que á todos muestra.

Memoria.

El hombre hizo la ofensa.

Esperanza.

Y Dios se puso en estrecho.

Memoria.

Guardó el rigor del derecho.

Esperanza.

Y Hombre y Dios en recompensa
Dejan á Dios satisfecho.

Memoria.

Querer dar su mano Dios
Fué gran liberalidad.

Esperanza.

Y con suma caridad
En la cruz tendió las dos
Por más señal de amistad.

Memoria.

La espada rendirle suele
Ofensor al ofendido.

Esperanza.

Acá diferente ha sido;
Porque el hombre se consuele
Ha Dios la suya rendido.

Como nuestro bien codicia
La Divina Providencia,
Rindió para conveniencia
La espada de su Justicia
En manos de su Clemencia.

Y quedó tan bota y corta
De herir y golpear,
En Cristo, piedra angular,
Que parece que no corta
Al tiempo de castigar.

Memoria.

¿La espada del poderoso
Le quedó de esa manera?

Esperanza.

Y el hombre en su culpa fiera
Le da filo tan rabioso
Incitando á Dios que hiera.

Cuando Dios era leon
Al que la mano le daba
En sus uñas se arañaba,
Con alguna tentacion
Al más amigo tentaba.

Mas ya en Cordero mudado
Trátanos con mano blanda,
Dásela á quien la demanda,
Y si al Padre siente airado
Pásase de nuestra banda.

Hecha la paz y concordia
Y aplacada ya la ira,
Puso en nosotros la mira,
Mira de misericordia
Que flechas de amor nos tira.

Y si el tiro sale avieso,
Acá, cierto, lo causamos
Porque el cuerpo le hurtamos,
Y Cristo con todo queso
Aguarda á ver si aguardamos.

Memoria.

¿Y al que merece castigo
Por qué amistad no guardó?

Esperanza.

Diráله porque pecó:
Vuestra fué la culpa, amigo,
Vuestra fué, que mia no.

Es Dios amigo tan cierto,
Que aun á Júdas el perdido,
Con ver que le habia vendido
Le dijo, estando en el huerto:
Dime, amigo, ¿á qué has venido?

Esto que Cristo hablaba
Fué divina prevencion
De ablandalle el corazon,
Y en esto á Júdas le daba
Esperanza de perdon.

Ninguno imite á Cain,
Si la culpa le acobarda,
No piense que Dios se tarda,
Persevere hasta el fin,
Que esto es lo que Dios aguarda.

Memoria.

Pues, Esperanza, entretanto
Los que la caza guardamos
Que nos deis os suplicamos
Algun ejercicio santo
Con que nos entretengamos.

Esperanza.

Harán, cierto, maravillas
Estando en este cercado;
Si el tiro á Dios encarado
Tiraren con lagrimillas,
Tengan á Dios por cazado.

Entra Remoquete, traje de Doña Murmuracion; trae una empanada presentada á los Príncipes Mundanos; tóbase con Guiñador. Príncipe Mundano, Princesa Halagüeña, Don Cojin, demonio.

Remoquete.

Trabajar y no comer, á su padre echó
á perder. Que vaya yo cargado, y no pruebe lo que llevo, necedad sería. Empanada es, con un repulgo, que la más repulgada

no le llega. ¡Oh, qué sabrosa! y qué olorosa! oh, qué admirable! Dóla al diablo; pero mejor es dármele á mí. Por Dios! á otro portillo como el que tengo hecho, pueden á la empanada decir nada.

Guiñador.

¿Quién es el que viene, que parece que cuenta los pasos? Remoquete es, que por bellaco tiene cabida con todos, y á mí que de socapa les sirvo, apenas me hacen merced.

Remoquete.

Guiñador es este. Escóndete, empanada, que ni con él ni conmigo estás segura.

Guiñador.

¿Dónde bueno, Remoquete, tan de espacio, cosa fuera de tu profesion?

Remoquete.

Voy poco á poco por no caer, y que se pierda lo que llevo, que aun no sé lo que es: debe ser cosa de estima.

Guiñador.

¿Ignorante vas tú de saber lo que llevas? No á mí, que soy cordobés.

Remoquete.

Ni á mí, que soy sevillano. Si tú eres de Córdoba, por do pasa Guadalquivir, cuando llega á mi tierra con más abundancia vienen sus aguas, y así no has de ponerte con quien te las entiende.

Guiñador.

No será razon que nos mordamos los que mordemos á otros. Amigos, amigos.

Remoquete.

Ya te rindes, conóceme vasallaje, que te estafaré, ladroncillo.

Guiñador.

Por gozar de lo que llevas lo hago, que en lo demás tan buen caudal tengo como los ginoveses: daca, probemos ese regalo.

Remoquete.

Eso no, que será grave crimen. Aun la mano no le óso tocar, que temo no se me quede pegada en ella.

Guiñador.

Los Príncipes Mundanos salen, y Don Cojin, que es servidor de damas.

Remoquete.

Mejor es para servidor, que para servir. Viejo y loco, no le arriendo la ganancia, y más si es mozueta.

Guiñador.

La Carne halagüeña es la dama: mire si le sabrá dar maté en casa conocida.

Remoquete.

Bobilla es: una mueta tiene de corcho; mas sabrá bien venderse ó encarecer un favor.

Halagüeña.

Con las nuevas que las Asechanzas han traído, se pueden hacer alegrías en nuestra corte.

Cojin.

Mejor las han hecho mis sentidos, con haber sentido los favores que, princesa, me has dado: que los nervios encogidos se han consolidado.

Príncipe.

Mucho se estira señor Don Cojin; parece que ya no cojea.

Cojin.

Sola la dulzura de una buena palabra pondrá vigor para hacer piernas, cuanto más para sanarlas.

Halagüeña.

Paces va á hacer la Penitencia. Acá las desharémos.

Cojin.

Harto deshecho me tienes con tu disimulacion: ¿qué mas caza quieres que la que haces en mí?

Príncipe.

No se olvide de apercebir á todos nuestros feligreses, y á la Ocasión, que es importantísima, con los garfios que tiene.

Remoquete.

Beso las manos, beso los piés, beso las pantorrillas del Príncipe y Princesa, in-